

Por extrañas partes,
Donde hablan las señas,
Y razones callen,
Donde la cabeza
De Mendoza alcance
A tornar en hombres
Bárbaros salvajes.
Acudan de presto
Nobles mercaderes,
Venturosos, ricos,
Lleguen y no tarden.
«A la feria, galanes;
»Que no hay tal Flándes.»
; Oh, si á rio vuelto
A mi me tocasse
Alguna riqueza
En feria tan grande!
; Si por dicha en suerte
Me cupiese un ángel,
A quien yo en mi alma
Le hiciese altares!
; Si en tantos peligros
Pudiese salvarme,
Llevando conmigo
Tan divina imagen!
Pero no es posible
Qu'en mi vida alcance,
Entre desventuras,
Aventuras tales:
; Flandescos países
Sin gusto, qué valen,
Si es que mueren glorias
Donde penas nacen?
Antes que la feria
De punto se pase,
Compremos las puntas
De nuestros encajes.
Estas son las ferias,
Este es el remate
Que lloran mis bienes,
Y cantan mis males.
«A la feria, galanes;
»Que no hay tal Flándes.»

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1837.

(Anónimo.)

Bellísima Elisa,
No me ayude Dios
Si no sois vos sola
La que quiero yo.
Llevásteisme el alma,
Y mi vida sois,
Como el centro mismo
Donde siempre voy.
Luego que venistes,
Por inclinacion,
Sin poder librarme,
Puse en vos mi amor.
Si me ha divertido
Alguna ocasion,
No llegó á mudanza,
Ni á olvido llegó;
Y aqueste suceso
Tanto siento hoy,
Que aborrezco á Antandra,
Que la causa dió.
Temí yo los celos
De su condicion;
Que á mujer celosa,
¿Quién no la temió?
Con quien tanto os quiere,
¿Por qué tal rigor?
Fieidad, bella Elisa,
Pues rendido estoy.

(Primavera y flor de los mejores romances, 1.ª parte.)

1838.

(Anónimo.)

Plaza, afuera, afuera,
Hagan plaza, aparten;
Que sale la niña
Cuya vista place,
Milagro del cielo,
Idolo del valle,
Sol de la hermosura
Y de él ultraje;
A quien por los riscos
Vencen los quilates,
Aunque aquellos de oro,
Estos de azabache.
Rosas fructifica
De su nieve el Alpe,
Peregrino influjo
De sus ojos graves.
Lleva traje alegre,
Y alma como el traje:
De nácar y blanco
Faldellin y talle;
Guarnicion vistosa,
De que el mayo saque
Primavera y flores
Para Manzanares;
De negro y pajizo
Cobertura facil,
Porque á las tinieblas
El miedo acompañe;
El tocado airoso,
Sin primor que falte,
Con algunas hebras
Que le usurpa el aire;
Cautivos los miedos,
Enigma notable,
De quien los zarcillos
Son dorada clave.
¿Qué diréis, serranos,
De que á veros sale
Un alma vestida
Y humanado un ángel,
Si no me caducan
Los tiempos mudables?
Pues que ya amanece
El sol por la tarde,
Y aunque los tapetes
Del florido márgen
Hacen ojos de hojas,
Lo que vieren, callen;
Mirar se permite,
Llegar no se trate;
Que el sol deja verse,
Pero no tocarse.
; Mas ay, que la lengua
Del agua suave
Certifica al cierzo
Sus ocultas partes,
Tales, que en el alma
Mil cosquillas hacen,
Cuya gloria apenas
Puede ser mas grande!
Medias encarnadas,
; Ay Dios! esto baste,
Que solo en decillo
Me tiemblan las carnes;
Liga azul, que prende,
De que no hay rescate;
Que es muy fuerte liga
Para voluntades;
Punta de oro fino,
Y á tan bello encaje
Yo pusiera al punto
Puntas de diamantes;
Zapatillos negros
Al gusto vulgares,
Tahures, ¿quien duda?
Del bullicio y baile.

Lisida, pastores,
Es la bella imagen,
Sirena al oido
Dulce y agradable.
Yo soy quien padece,
Lisida quien hace:
Si por ella muero,
No me culpe nadie.
(Primavera y flor de los mejores romances, 1.ª parte.)

1839.

(Anónimo.)

¡Soplan vientecillos!
Temblarán las sauces,
Correrán las fuentes,
Cantarán las aves;
Romperán los rios
Sus tiernos cristales
Entre aquellas fuentes,
Al son de los aires;
Irán las abejas
A sus colmenares,
A afeitar las flores
Que en cogollos nacen;
Volverán vestidas
De varios esmaltes;
Piés de cornerinas,
Picos de granates,
Rompan estas flores
Perlas y diamantes,
Que hacen al aurora,
Y el sol las deshace.
Escóndase el sol;
Que es desdicha grande
Que no salga al mundo,
Y que dos le falten.
El acero toma;
Que ha querido armarse
Contra mí de acero,
Señal de matarme.

Villancico.

«Que si crece el sol que sale,
»Volveráse la niña,
»Dirá que es tarde.»

(Primavera y flor de los mejores romances, 1.ª parte.)

1840.

(Anónimo.)

—Niña de los cielos,
Hermosa zagala,
De beldad aurora,
Hija de las gracias,
En cuyas mejillas
A reirse el alba
Aprendió gozosa
Entre nieve y nácar;
Tirano apacible,
Que todas las almas
Libremente prendes,
Dulcemente matas;
Imposible hermoso,
Donde siempre halla
Lugar el deseo,
Puerta la esperanza;
De tu amante escucha
Las mortales ansias;
Que solo ser tuyo
Pretendió por paga.
Atrevida logres
Presuncion tan alta,
Que llegar al cielo
Bajezas no alcanzan.
Si deidades niegas,

Immensas distancias
En espacios breves
El amor te iguala.
Ama, hermosa niña,
Bella Lisis, ama,
Si al paso que hermosa,
No naciste ingrata.
El cristal risueño
Mil veces mal haya,
De donde aprendiste
Tales confianzas.
Yo te vi en el Tajo
Soles dando al alba,
Amor á Narciso,
Celos á Diana;
Yo vi que las flores,
Fruto de tus plantas,
Con atenta envidia
Olores hurtaban.
El mirar tus ojos
Fué de amarte causa;
De ellos solo pende
Tomar tú venganza.—
Esto Lauro dijo,
Cuando la zagala,
Ya ménos esquiva,
Firmezas le encarga.

(Primavera y flor de los mejores romances, 1.ª parte.)

1841.

(Anónimo.)

«Mi zagala sus paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y á coger le ayudaba
»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»
Las doradas trenzas
Bordaban sus sienas,
Y á su blanco pecho
Regalada nieve.
Los brazos alzados,
De coral y leche,
Parece que hicieron
Junta de sus bienes.
Las plantas, al agua
Con que la enriquece,
Temerosas llegan
Al pié de un torrente.
»Y sus blancos paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y ayudaba á cogerle
»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»
Pasé por allí;
Dijele burlando
Si queria que entrase
Con ella en el baño.
Dijo un sí gracioso;
No quise aceptarlo,
Triste, y receloso
De algun engaño.
Al fin esperéla;
Y dió en breve rato
Fin á sus tardanzas;
Mas no á mi cuidado.
»Y sus blancos paños
»Enjuga y tuerce
»Con el sol de su vista
»En el prado verde.
»Y á coger le ayudaba

T. XVI.

»Los blancos paños,
»El amor, que pasea
»Los verdes prados.»

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1842.

(Anónimo.)

Aqueste domingo,
No muy de mañana,
Fué Jacinta al prado,
La recién casada.
Diéronle aquel día,
Para ir mas galana,
Galas de artificio
Y en natural gracia;
Ella, que salía,
Yo, que la miraba:
; Con qué lindos ojos
Salió de su casa!
Y en llegando al campo,
Dijo una jítana,
Hermosa la vista,
Graciosa la habla:
—«¡Linda cara buena,
»Bien seais llegada!»
; Cara buena linda,
Bien seais hallada!
Déme una limosna
Tu cara de pascua;
Que aquestos ojitos
Son de enamorada.
Tres Juanes y un Pedro
Casarás dos veces;
Serás bien casada.—
Ella con cuidado
Sus joyas guardaba:
Teme que la alivie
De tan noble carga;
Y así recelosa,
Dice que se vaya;
Mas la jítanilla
Volvió á importunalla.
«Linda cara buena, etc.»
—; Ah cara de rosa!
Ah señora hidalga!
Vuelve acá esos ojos;
No estés enojada.—
Dióle al fin limosna,
Y sobre las rayas
Una cruz le hizo
En la mano blanca.
—Parirás dos hijos,
Le dice la sabia,
Y diráte el uno
La misa cantada;
Vendrá á ser el otro,
Si se da á las armas,
Capitan ó alférez:
Querránle las damas.
Vivirás contenta,
Aunque te amenazan
Dos enfermedades;
Mas ya son pasadas.
Larga vida tienes;
Dios te la dé larga:
Mucha hacienda heredas;
Vendráte por agua.—
Fuése, y dijo luego,
Sin hurtarle nada,
Que tan lindos ojos
Nadie los agravia.
Volvióse con esto,
Alegre y ufana,
Donde Albanio y Tirsí

A la puerta cantan:
«Linda cara buena, etc.»

(Primavera y flor de los mejores romances.)

1843.

(Anónimo.)

Divina serrana,
Honor de las selvas,
De los montes gloria,
Y del cielo afrenta;
Aurora del valle,
Pues en sus riberas
Das flores al prado,
Al río das perlas;
Tú, cuyos ojuelos
Son de amor saetas
Que matan crueles,
Aunque no los flechas;
Tú, en fin, que á los cielos
Hermosura enseñas,
Y mas soles vistes
Que las once estrellas:
Alivia mis males
Dulcemente tierna;
Que es poca la culpa,
Y mucha la pena,
Sino que el amarte
Tal rigor merezca;
Que es en desdichados
El amor ofensa.
Blanda como hermosa,
Bellísima fiera,
En dulces favores
Penan por tu causa:
Tus desdenes trueca;
Que no porque humana
Pagues mi firmeza,
Perderás de diosa
El nombre en la vega;
Mas si con mi muerte
Tu vida sustentas,
Querrás que yo acabe
Antes que tú mueras.
Pregunta á esos valles,
Pregunta á esas peñas,
Al monte, á las aves,
Al río y las fieras,
Si es cierto que Anfriso,
Fiel como tú bella,
Pastora te sirve,
Deidad te venera;
Que ellos con sus flores,
Con sus ecos ellas,
Con hojas, con picos,
Con agua y con lenguas,
Mi afecto publican,
Tu rigor condenan,
Estos lastimados,
Condolidas estas.
A los firmes robles,
Y á las altas sierras,
Opuestos al aire
Y á la mar opuestas,
No su airado soplo,
No su undosa fuerza
Hirió proceloso
Ni azotó severa,
Como tus desdenes
Mi te verdadera,
Roble á tus rigores,
Roca á tu aspereza.
Satisfecho siempre
Solo con que creas
Que eres quien me mata,
Quien mi vida alienta,
Y quien, á pesar
De tí y de su estrella,

Porfia en amarte,
Como tú en que muera:

(Maravillas del Parnaso.)

1844.

(Anónimo.)

Discreta y hermosa
Zagaleja mia,
Huérfana, si perla,
Si flor, maravilla:
No dora los montes
De esta sierra fria
El sol tan bizarro
Ni el alba tan linda,
Como tu hermosura
Cuando los visita,
Dándoles auroras,
Prestándoles risas.
Los prados y flores
Con amor y envidia
Tu beldad respetan,
Tu persona estiman.
La música dulce
De las avecillas
Alabanzas tuyas
Al aire publica;
Las nativas fuentes
Murmuran corridas
De que tu blancura
Sus cristales rindan;
Las rosas se quejan
De que tus mejillas
Afrenten airosas
Sus púrpuras finas.
Las perlas han dicho
Que es tu boca mina
De mas finas perlas
Que las que el mar cria.
Los claveles burtan
La encarnada tinta
De tus labios rojos,
Con que se refinan;
El sol se avergüenza
Cada vez que mira
En tu cofia tantos
Soles en cuadrilla;
Nieve de tu frente
La luna codicia,
Y de tu garganta
La plata bruñida;
Tus manos, que afrentan
Las mosquetas limpias,
Si no de cristales,
Son de mantequillas.
A los ruseñores
Da tu voz divina
Dulces contrapuntos,
Tonos y letrillas;
Suspension del aire
Es tu melodía,
Si no magisterio
De las avecillas.
Entre estas peñas
De hielo vestidas,
Solamente se oyen
Tristes abubillas;
Balidos de cabras,
Estruendo de encinas,
Cramidos de toros,
Retintín de esquilas;
Cuervos mensajeros
De melancolias;
Aullidos de lobos,
Que el cabello erizan.
Cuando los escuchas,
Y ausente me pinta
Tu voz, la memoria

ROMANCERO GENERAL.

A llanto me obliga.
Acuérdome entonces
De cuando mis dichas
De tu voz gozaban,
Canarios de almibar;
Y como la ausencia
Agora me priva
De tan dulces glorias
Y prendas tan ricas,
El alma me afligen
Tristezas arpias,
Deseos abrojos,
Memorias espinas.
Decir tus desdenes,
Será de esa orilla
Sumar las arenas,
Contar las espigas.
¡Ay Dios, quién volara
Por unos pradales,
De aquestas campiñas,
A ser de tu choza
Venturoso espía!
Solo yo te estimo
Como prenda digna
De aplausos mayores
En palmas y olivas.
¡No me olvides, perla,
Que será injusticia!
Así siempre hermosa,
Mil edades vivas;
Que si tus favores
Mis versos animan,
Serán de tu fama
Trompetas altivas.

(Maravillas del Parnaso.)

ROMANCILLOS PICARESCOS, JO-
COSOS, SATÍRICOS Y BURLES-
COS.

1845.

(De Rodrigo de Reinoso¹.)

A la chinigala
La gala chinela
Damas cortesanias
Arman una galera:
Isabel de Torres
Pongo la primera,
Porqu'es mas anciana,
Porqu'es la mas vieja;
De putas ceviles
No me hago cuenta.
Pongo por segunda
Isabel de Herrera,
Y esa la Mendoza
Era la tercera.
Ceso de contallas;
Que no basta cuenta,
Ana de Quintós,
La gorda tornera;
Anica Rodriguez,
Isabel de Leiva,
Y Juanica Gomez,
Y María de Heredia,
Y Marina Juarez,
Y María Montesa,
Elvira Ramirez,
La Rivadeneyra,
La beata Bustilla,
Y Gracia la prieta,
Y la valenciana
Isabel de Vega,
Violante de Vélez,
Y la Trapaceja,
Y la Toledana,
Con la Corboba;
No entra la Luisa

En aquesta cuenta;
Mémos Mari-Vazquez,
Que baja su renta,
Y no sabe cómo;
Francisca de Vega,
Leonor Ortiz,
Marina la negra,
Y la Vizcaina,
Qu'es dama de Feria,
Y esotra Carrasca,
Qu'era costurera.
Todas estas damas
Arman una galera.
Dejaron a España,
Y van tierra ajena.
Cargaron de vino
Para la Gomera.
Via, via, putas;
Via, a la galera:
Entrad todas juntas,
No quedeis defuera,
Qu'el tiempo es muy bueno,
Y el viento de tierra.
Ya s'embarcan todas;
Ya ponen bandera;
Ya alcanzan los remos
Y tienden las velas.
Parten de Sanlúcar
El de Barrameda:
Sobre el aposento
Movieron pelea
Entre la Mendoza
Y Isabel de Herrera.
Disputan linajes,
Disputan manera.
Habló la Mendoza,
Habló la primera:
—No's tomeis conmigo;
Que sois abacera.—
Respondió enojada
Isabel la Herrera:
—No's tomeis conmigo;
Que no soy quien quiera,
Que hoy há veinte años
Que soy cantonera.—
Puso entr'ellas paz
Isabel de Vega:
Díceles: —Hermanas,
Cese esta pelea.—
Y ellas en aquesto,
Vinoles tormenta:
Llaman a San Telmo
Y a la Magdalena;
Hincan las rodillas,
Hincanlas en tierra,
Y promesa hacen
De tornarse buenas.
D'ellas mandan lino,
D'ellas mandan cera,
D'ellas ser casadas,
Y ninguna buena.

(Comienza un razonamiento por coplas, etc. Pliego suelto.)

¹ Parece que el autor se propuso hacer una reseña de las putas de una ciudad, que será Sevilla, donde presumo se imprimió este folleto.

1846.

ROMANCILLO EN LENGUA DE GERMANIA,
EN QUE UN RUFIAN DA CONSEJOS Á UNAS
NIÑAS ANDARIEGAS¹.

(Anónimo.)

De las Nueve-Villas
Salieron dos niñas;
De Villalumbroso
Salieron dos mozas,

APÉNDICE II.

Con ellas un mozo.
—Andar, andar, las niñas,
Verédes las viñas:
Andar, corazon,
Veréis á Monzon;
Una legua tirada,
La venta derribada,
Tenderé mis redes,
Veréis á Parédes;
Luego á la bajada
Está Torquemada;
Por unas cuestras
Donde no había breñas,
Verédes á Dueñas.
Cuatro leguas son
Dende á Cabezon.
Por unos pradales
Veréis á Cigales;
Dos leguas de ahí
Es Valladolid.
Alzaréis la cara,
Veréis Santa Clara;
Luego á la otra mano
Veréis á San Pablo;
Por una calleja
La plazuela Vieja;
Y mas adelante,
La del Almirante;
Por unas calles llanas,
La de Cantaranas.
Tambien os diria
Luego la Plateria;
Y mas arribilla
Es la Costanilla.
Luego allí está enfrente
Una linda fuente;
Luego allí á un pasillo
Veréis el corrillo;
Veréis la conseja
De la ropa vieja.
Luego á la bajada
Es la rinconada,
Donde tomaréis
Muy buena posada;
Luego á la mañana
Levantaros heis;
A la plaza iréis.
Allí las primeras
Son las pescaderas,
Las ensaladeras,
Y las tocineras,
Y las panaderas,
Y las pasteleras,
Juro á mi conciencia.
Luego está la Audiencia,
Donde los señores
Grandes y menores,
Y los cambiadores,
Luego allí está un hoyo,
Y por frente el rollo;
Luego allí á un tantico
Está San Francisco;
Luego á la otra mano,
La cal de Santiago;
Mas acullá, en cabo,
La puerta del Campo;
Y luego diria
La gran puteria,
Donde tomaréis
Muy sendas casillas
Con que os remedieis
De saya y faldillas.
Andar, andar, niñas,
Andar, andare;
Y si estáis despacio
En este palacio,
Harémos la via
A otra puteria,
Lo por mi desec

Ya verlo queria.
Pasaréis primero
Un homilladero,
La fuente de Argales
Y los arenales.
Luego, allí frontero
La puente de Duero;
Y tras un tecillo
Es un montecillo;
Y veréis, mis niñas,
Las cuestras y viñas.
Pasaréis Adaja,
Qu'el camino ataja,
Y dos correndillas
Era Valdestillas,
Y no hay otra cosa
Hasta la Ventosa,
Que es tierra muy llana
Hasta Rodillana.
Quien allí camina
Va á dar á Medina;
En San Sebastian
Cesará su afan.
Es la puerta allí
De Valladolid,
Y llevaros he
Por Santo Tomé,
Y aun por Adajueta,
Con su pontezuela;
De allí á la cuadra,
Dond'el perro ladra,
Es derecha via
La Zapateria.
Está San Miguel
Junto á Zapatardiel:
Seros ha notorio
El gran consistorio
De los regidores,
Justicia y señores:
Todos en cuadrilla
Gobiernan la villa.
Luego encontinente
Pasaréis la puente,
Y á un paso de grua
Tomaréis la rua;
Pero en esta calle
No es razon que calle
Que hay mil ejercicios
De dos mil oficios.
Veréis los traperos,
Sastres, calceteros,
Y los tondidores,
Y los corredores,
Arcas de escribanos,
No se da de manos,
Y veréis los cambios,
Cambios y recambios,
Y el Rollo y Alberca,
La noria con cerca.
Es grande alegría
Ver la joyeria
Y la merceria
Y la libreria,
Con la lenceria,
La tienda gentil,
Qu'es del alguacil,
Y el reloj armado
De Sant Antolin.
Y luego, á man drecha,
Una calle estrecha,
Y por allí van
Luego á Sant Julian:
Desde allí, á la escuela
De corral de bueyes,
Donde danzarémos
Como sendos reyes.
Pasada la escuela,
Veréis la plazuela
De Cal de Salinas,

Con sus pelegrinas.
Allí hallaréis
Mas de cien vecinas;
Allí, á mi ver,
Tomaréis dos casas
A vuestro placer.
Mas guardaos de amores,
Que hay dos mil traidores;
No os tomen la pella,
Y el hato con ella,
Y jueguen de baque
Con el cuchiclaque.
Picanse de garlo²,
Mas yo los entrujo
Por vida de Carlo.
Mas, si me creéis,
Quizá ganaréis,
Con burlas y engaños,
Mas que con mil años
Que allí trabajéis.
La cara amorosa
Y ojo en la follosa³,
Y al desgranadero
La mano al esquero;
Que si son guillotes⁴
No sentirán nada,
Aunque con setenas
Pagnen la posada.
Si son mercaderes,
Dalles mil placeres;
Qu'estos tienen pelo
Para buen repelo.
Otros pelagallos⁵
Que tienen ya callos,
No burleis con ellos;
Mejor es dejallos.
— ¡Oh rufo taimado,
Qué bien has hablado!
Respondió la niña
Del desorejado.
No en balde te veo,
Señal del rabeo⁶,
Del asa⁷ menguado,
Mizor⁸ de la cerra
Del chanco estafado⁹.
No me hayais por hija
Del que nos cobija,
Si en solo este invierno
Yo no te descuerno
Con buenas razones
Dos mil bobarrones,
Gayones¹⁰ de villa,
Que sirven de cesta,
Sobaco, capilla,
Y á los piés y al soto,
Que yo afufaré
Andar entre rufos,
Andar, andaré.—
Y aquel mes de agosto
Su lucido rostro
Con otro confina.
Estando en Medina
Con dos compañeras
Blandas de mollaras,
Y entre sus vecinas
En Cal de Salinas,
Las vi proveerse,
Hurtadas del rufo,
Solo por no verse
En tanta miseria,
Viendo qu'en la feria
Tan poco ganaron,
Porque no medraron
Para un par de piñas.
Ambas á dos niñas
En sendas faldetas,
Sin otro ventalle,
Bajan por la calle
Hechas un ovillo;

Van por el portillo
 Qu'estaba en la cerca.
 Para su viaje
 Salen al desgaje,
 Tristes y mal trechas,
 Yéndose derechas:
 En esta manera
 Dejan la carrera
 A la mano izquierda,
 Y vuelven en cuerda,
 Y entran de rondón,
 Con trabajo harlo,
 A ganar caíron
 A tarja y á cuarto.

(Este es el consejo que dió un ruñan, etc.
 Pliego suelto.)

¹ Este romancillo, compuesto sin orden ni cuidado, en rimas pareadas casi siempre, parece de una obra de aquellos que los ciegos y juglares componían sin más medios que los de zureir ideas ajenas que tomaban de otras composiciones que sabían de memoria. Es sin embargo curioso, porque puede considerarse como un itinerario desde Nueve-Villas á Valladolid; y una topografía de esta ciudad tal cual estaba en el tiempo que se hizo el romance.

² *Picarse de garlo.* Picarse de hablar, de gastar palabras.

³ Ojo á la bolsa.

⁴ *Que si son guillotes.* Que si son torpes.

⁵ *Otros pelagallos.* Otros que son diestros.

⁶ *Señal de rabeco.* Señal de hombre que pertenece á las mancebas.

⁷ *Del asa menguado.* Desorejado de una oreja.

⁸ *Misor de la cerra.* Zurdo de la mano.

⁹ *Del chanco estofado.* Chanco, es chapín. Estafa es la propina que da la puta al ruñan, y aquí equivale el sentido del verso á decir que está pagado el ruñan por la manceba.

¹⁰ *Gayones de villa.* Ruñanes de villa.

1847.

(De Don Luis de Góngora.)

Noble desengaño,
 Gracias doy al cielo
 Que rompiste el lazo
 Que me tenía preso.
 Por tan gran milagro
 Colgaré en tu templo
 Las duras cadenas
 De mis graves hierros;
 Las fuertes coyundas
 Y el yugo de acero,
 Que con tu favor
 Sacudí del cuello.
 Las húmidas velas
 Y los rotos remos
 Que escapé del mar
 Y colgué en tu templo,
 Ya de tus paredes
 Serán ornamento,
 Gloria de tu nombre,
 Y de amor descuento.
 Así, pues que triunfas
 Del rapaz arquero,
 Tiren de tu carro
 Y sean tus trofeos
 Locas esperanzas,
 Vanos pensamientos,
 Pasos esparcidos,
 Livianos deseos,
 Rabiosos cuidados,
 Ponzoñosos celos,
 Infernales glorias,

Gloriosos infiernos.
 Compóngante himnos,
 Y digan los versos
 Que libras cautivos
 Y das vista á ciegos;
 Y ante tu deidad
 Se enciendan mil fuegos
 Del sudor precioso
 Del árbol sabeo.
 Pero ¿quién me mete
 En cosas de seso
 Y en hablar de véras
 En aqueste tiempo,
 Donde el que mas trata
 De hurlas y juegos,
 Es el que se viste
 Mas á lo moderno?
 Ingrata señora,
 Desde tu aposento,
 Mas dulce y sabrosa
 Que nabo en adviento,
 Aplicame un poco
 El oído atento;
 Que quiero hacer auto
 De mis devaneos.
 ¿Qué de noches frías
 Que me tuvo el hielo
 Tal, que por esquina
 Me juzgó tu perro;
 Y alzando la pierna
 Con gentil denuedo,
 Me argentó de plata
 Los zapatos nuevos!
 ¿Qué de noches de estas,
 Señora, me acuerdo
 Que, andando á buscar
 Chiuas por el suelo,
 Para hacer la seña
 Por el agujero,
 Al tomar la china
 Me ensucié los dedos!
 ¿Qué de días anduve
 Cargado de hierro,
 Con harlo trabajo,
 Porque andaba enfermo!
 Como estaba flaco,
 Parecía cencerro,
 Hierro por defuera,
 Hueso por de dentro.
 ¿Qué de meses y años
 Que viví muriendo
 En la peña pobre
 Sin ser Beltenébrs!
 Do me acacé
 Dos meses enteros
 No comer sino uñas,
 Haciendo sonetos.
 ¿Qué de necedades
 Escribí en mil pliegos,
 Que las ries tú agora,
 Y yo las confieso,
 Aunque las tuvimos
 Ambos en un tiempo,
 Yo por discreciones,
 Y tú por requiebros!
 ¿Qué de medias noches
 Canté en mi instrumento:
 «Socorred, señora,
 Con agua mi fuego!»
 Donde, aunque tú no
 Socorríste luego,
 Socorrió el vecino
 Con un gran caldero!
 Adios, mi señora;
 Que ya me es tu gesto
 Chimenea en verano,
 Y nieve en invierno:
 Ya el hazo me tienes
 De guijarros lleno;

Que bastan y sobran
 Seis años de necio.

(GÓNGORA, Obras.—It. Flor de romances, 1.^a y 2.^a parte.—It. Flor de varios y nuevos romances.—It. Romancero general.)

1848.

(De Don Luis de Góngora.)

Trepan los jitanos,
 Y bailan ellas:
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 Jitanos de corte,
 Que sobre su rueda
 Les mostró fortuna
 A dar muchas vueltas;
 Si en un costal otros
 Han dado cien trepas,
 En un zurrón estos
 Darán cuatrocientas.
 Desvanecen hombres;
 ¿Mas quién hay que pueda,
 Viendo andar de manos,
 No dar de cabeza?
 Y si nos dan brincos
 De rubies y perlas,
 Otros como locos,
 Tiran estas piedras.
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 Canta en vuestra esquina
 Una canción nueva
 Que el paje con plumas,
 Pájaro sin ellas,
 Blando ruiñeñor,
 Qu'en noche serena
 Dulce os adormece
 Y dulce os recuerda;
 Si su amo en tanto
 Por hierros de reja
 Que os suspende el quiebro,
 La hija os requiebra,
 D'este ruiñeñor
 Os guardad, que os echa
 Como alano, el paje
 Que os asga la oreja.
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 A vos canta el paje,
 Buen viejo, que á ella
 Letrillas de cambio
 Le cantan terceras;
 Que no hay pié de copla
 De ningún poeta,
 Como los de un banco,
 Y mas si no quiebra.
 N'os fieis del quicio,
 Requerid la puerta;
 Que, dada la unción,
 Sin habla os espera.
 Bajad, si por dicha
 No quereis que mientras
 Forma el paje puntos,
 Meta el señor letra.
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 En Valladolid
 No hay jítana bella
 Que no haga mudanzas
 Estándose queda.
 El pié sobre el corcho,
 ¿Mirad qué firmeza!
 Mueve con buen aire,
 Mi honra y la vuestra.
 Al son del pandero,
 Que á su gusto suena,

Desface cruzados,
 Qu'es buena moneda,
 Y al conde mas rico
 Que baila con ella,
 Conde de jitanos
 Desnudo le deja.
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 Miran de la mano
 La palma que lleva
 Dátiles de oro:
 La que no, no es buena.
 De las vidas hacen
 Cabezas de paleta,
 Que pasan las rayas
 Hasta la muñeca.
 Estrellas os hallan;
 Que mujeres d'estas
 En medio del día
 Hacen ver estrellas.
 Búscanos el aspa;
 Mas, segun dan vueltas,
 Antes hallarán
 Las devanaderas.

«Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»
 Sobre cuatro palmos
 De una vara estrecha
 Hace el mercader
 Cien mil lijerezas:
 Vuela por el mundo
 La pluma en la oreja,
 Dando extraños saltos
 De una en otra feria,
 Sin temer caída,
 Porque sobre seda
 Caidas de gato
 Nunca dieron pena.
 Fardos á Logroño
 Se cargan apriesa;
 Que para trepar
 S'escombra la tienda.
 «Otro nudo á la bolsa,
 »Mientras que trepan.»

(GÓNGORA, Obras.—It. MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

1849.

(De Don Luis de Góngora.)

Erase una vieja
 De gloriosa fama,
 Amiga de niñas,
 De niñas que labran.
 Para su contento
 Alquiló una casa
 Donde sus vecinas
 Hagan sus coladas.
 Con la sed de amor
 Corren á la balsa
 Cien mil sabandijas
 De natura varia,
 A que con sus manos,
 Pues tiene tal gracia
 Como el unicornio,
 Bendiga las aguas.
 Tambien acudia
 La viuda honrada,
 Del muerto marido
 Sintiendo la falta,
 Con tan grande extremo,
 Que allí se juntaban
 A llorar por él
 Lágrimas cansadas.

(GÓNGORA, Obras.)

APÉNDICE II.

1850.

(De Don Luis de Góngora.)

Hermana Marica,
 Mañana, que es fiesta,
 No irás tú á la amiga,
 Ni yo iré á la escuela:
 Pondráte el corpiño
 Y la saya buena;
 Cabezón labrado,
 Toca y albanega,
 Y á mi me pondrán
 Mi camisa nueva,
 Sayo de palmilla,
 Calza de estameña;
 Y si hace bueno,
 Traeré la montera
 Que me dió la pascua
 Mi señora abuela,
 Y el estadal rojo,
 Con lo que le cuelga,
 Que trajo el vecino
 Cuando fué á la feria.
 Irémos á misa;
 Verémos la iglesia:
 Darános un cuarto
 Mi tía la ollera;
 Compráremos dél,
 Que nadie lo sepa,
 Chochos y garbanzos
 Para la merienda,
 Y en la tardecica
 En nuestra plazuela
 Jugaré yo al toro,
 Y tú á las muñecas
 Con las dos hermanas
 Juana y Madalena,
 Y las dos primillas
 Marica y la Tuerta;
 Y si quiere madre
 Dar las castañetas,
 Podrás, tanto dello,
 Bailar en la puerta,
 Y al son del adufe
 Cantará Andregüela:
 «No me aprovecharon,
 »Mi madre, las yerbas.»
 Y yo de papel
 Haré una librea
 Teñida con moras
 Porque bien parezca,
 Y una caperuza
 Con muchas almenas:
 Pondré por penacho
 Las dos plumas negras
 Del rabo del gallo
 Que acullá en la huerta
 Anaranjeamos
 Las carnestolendas;
 Y en la caña larga
 Pondré una bandera
 Con dos borlas blancas
 En sus tranzaderas;
 Y en mi caballito
 Pondré una cabeza
 De guadamacil,
 Dos hilos por riendas,
 Y entraré en la calle
 Haciendo corvetas,
 Yo y otros del barrio,
 Que son mas de treinta;
 Jugaremos cañas
 Junto á la plazuela,
 Porque Bartolilla
 Salga acá y nos vea:
 Bartola, la hija
 De la panadera,
 La que suele darme
 Tortas con manteca;

629

Porque algunas veces
 Hacemos yo y ellas
 Mil bellaquerías
 Detras de la puerta.

(GÓNGORA, Obras de.)

1851.

(De Don Luis de Góngora.)

Hánme dicho, hermanas,
 Que tenéis cosquillas
 De ver al que hizo
 A hermana Marica.
 Porque no os mováis
 El mismo os envía
 De su misma mano
 Su persona misma:
 Digo su aguilena
 Filomocosia,
 Ya que no pintada,
 Al ménos escrita,
 Y su condicion,
 Que es tan peregrina
 Como cuantas vienen
 De Francia á Galicia.
 Cuanto á lo primero,
 Es su señoría
 Un bendito zote
 De muy buena vida,
 Que come á las diez
 Y cena de día,
 Que duerme en mullido
 Y bebe con guindas.
 En los años mozo,
 Viejo en las desdichas,
 Abierto de sienes,
 Cerrado de encias;
 No es grande de cuerpo,
 Pero bien podría
 De cualquier higuera
 Alcanzaros higas;
 La cabeza al uso,
 Muy bien repartida,
 El cogote atras,
 La corona encima,
 La frente espaciosa,
 Escombrada y limpia,
 Aunque con rincoues,
 Cual plaza de villa;
 Las cejas en arco,
 Como ballestillas
 De sangrar á aquellos
 Que con el pié firman;
 Los ojos son grandes,
 Y mayor la vista,
 Pues conoce un gallo
 Entre cien gallinas;
 La nariz es corva,
 Tal, que bien podría
 Servir de alquitara
 En una botica;
 La boca no es buena,
 Pero á mediodía
 Le da ella mas gusto
 Que la de su niña;
 La barba, ni corta
 Ni mucho crecida,
 Porque así se ahorra
 Cuellos de camisa:
 Fué un tiempo castaña,
 Pero ya es morcilla:
 Volverá la penas
 En rucia ó tordilla;
 Los hombros y espaldas
 Son tales, que habría
 A ser el San Blas,
 Para mil reliquias.
 Lo demas, señoras,

Que el manto cobija,
Parte son visiones,
Parte maravillas.
Sé decir al ménos
Que en sus niñerías
Ni pide á vecinos
Ni falta á vecinas.
De su condicion
Deciros podria,
Como quien la tiene
Tan bien conocida,
Que él es mozo alegre,
Aunque su alegría
Paga mil pensiones
A la melarquia.
Es de tal humor,
Que en salud se cria
Muy sano, aunque no
De los de Castilla;
Es mancebo rico
Desde las mantillas,
Pues tiene, ademas
De una sacristia,
Barcos en la sierra,
Y en el rio viñas;
Molinos de aceite,
Que hacen harina,
Y un jardin de flores,
Y una muy gran silva
De varia leccion,
Adonde se crian
Arboles que llevan,
Despues de vendimias,
A poder de estiércol,
Pasas de lejia.
Es enamorado
Tan en demasia,
Que es un mazacote.
Que diga, un Macias,
Aunque no se muere
Por aquestas niñas
Que quieren con presa
Y piden con pinta:
Dales un botin,
Dos octavas rimas,
Tres sortijas negras,
Cuatro clavellinas;
Y á las damiselas
Mas graves y ricas,
Costosos regalos,
Joyas peregrinas;
Porque para ellas
Trae cuanto de Indias
Guardan en sus senos
Lisboa y Sevilla.
Tráeles de las huertas
Regalos de Lima,
Y de los arroyos,
Joyas de la China.
Tampoco es amigo
De andar por esquinas,
Vestido de acero
Como de palmilla;
Porque para él
Al Ave-Maria
Y al cuarto del alba,
Anda la estantigua;
Y porque á su abuela
Oyó que tenían
Los de su linaje
No mas de una vida.
Asi desde entónces
La conserva y mira
Mejor que oro en paño
O pera en almibar.
No es de los curiosos,
A quien califican
Papeles de nuevas
De estado ó milicia,

Porque son, y es cierto,
Que el Bernia lo afirma,
Hermanas de leche
Nuevas y mentiras.
No le quita el sueño
Que de la Turquía
Mil leños esconda
El mar de Sicilia;
El que el inglés baje
Hacia nuestras islas,
Solo por dar gusto
A la que le envia.
Es su reverencia
Un gran canonista;
Porque en Salamanca
Oyó teologia,
Sin perder mañana
Su licion de prima,
Y al anochecer,
Licion de sobrina.
Y así es desde entónces
Persona entendida,
Si á su oído tañen
Una chirimia.
De las demas lenguas
Es gran humanista;
Señor de la griega,
Como de la Escita,
Tiene por mas suya
La lengua latina,
Que los alemanes
La persa ó egipcia;
Habla la toscana
Con tal policia,
Que quien lo oye, dice
Que nació en Coimbra;
Y en la portuguesa
Es tal, que dirian
Que mamó en Logroño
Leche de borricas.
De la cosmografia
Pasó pocas millas,
Porque oyó al infante
Las Siete Partidas;
Y así entiende el mapa
Y de sus medidas,
Lo que el mapa entiende
Del mal de la orina.
Sabe que en los Alpes
Es la nieve fria,
Y caliente el fuego
En las Filipinas;
Que nació Zamora
De Duero en la orilla,
Y que es natural
Búrgos de Castilla;
Que desde la Mancha
Llegan á Medina
Mas tarde los hombres
Que las golondrinas.
Es hombre que gasta
En astrologia
Toda su pobreza
Con su picardia;
Tiene su astrolabio
Con sus baratijas,
Su compas y globo,
Que pesan diez libras;
Conoce muy bien
Las siete cabrillas,
La bocina, el carro
Y las tres Marias;
Sabe alzar figura,
Si halla por dicha
O rey ó caballo,
O sota caida;
Es fiero poeta,
Si le hay en la Libia,
Y cuando le toma

Su mal de poesia,
Hace verso suelto
Con Alejandria,
Y con algarobas
Hace redondillas;
Compone romances
Que cantan y estiman
Los que cardan paños
Y ovejas esquilan;
Y hace canciones
Para su enemiga,
Que de todo el mundo
Son bien recibidas,
Pues en sus rebatos
Todo el mundo limpia
Con ellas de ingleses
A Fuenterrabia.
Finalmente él es,
Señorazas mias,
El que dos mil veces
Os pide y suplica
Que con los gorriones
De las plumas ricas
Os hagais gorrinas
Y os mostreis arpias;
Que no sepulteis
El gusto en capillas,
Y que á los bonetes
Queráis las bonitas.

(Góngora, *Obras de.* — It. *Romancero general.*)

1852.

(De Juan de Salinas.)

La del escribano,
La recién casada
Con el francesillo
De la cuchillada;
La que tiene al rio
Vista y puerta falsa,
Para ser tan moza,
No es del todo sana.
Como paño malo
Descubrió la hilaza,
Y en materia de esto
Lindos cuentos pasan.
Al marido ayuda
A llevar la carga,
Y los aranceles
Tiene ya en estampa.
El corta las plumas,
Y ella las arranca
A los pajarillos
Que en su red enlaza.
El cuelga la fiesta
Su tintero y cajas,
Y ella da madera
De la que se labra.
Hace él tinta fina
Que gastar en casa,
Y ella en su escritorio
De la ajena gasta.
El da fe de todo,
Y ella da esperanzas
A los pisaverdes
Que le dan la caza.
Toma él confesiones,
Y ella las dilata,
Aunque dé mil vueltas
La semana santa.
El hace preguntas
A los que declaran,
Y ella da respuestas,
Y ninguna mala.
El da testimonios,
Y ella los levanta
A la vecindad,

Por cubrir sus faltas.
El se va á juicio
A seguir sus causas,
Y ella, fuera de él,
Da al marido hartas.
Hace él testamentos
Y testigos llama,
Y ella, aunque sin ellos,
Cumple bien sus mandas.
El renuncia leyes
Que en el caso hablan,
Y ella se somete
A las que le agradan.
El hace contratos
Con firmezas bravas,
Y ella tiene tratos
Llenos de mudanzas.
Toma él juramentos,
Y ella los quebranta,
Si juró algun dia
De no ser bellaca.
El protesta costas
Y niega demandas,
Y ella las concede
A los que las pagan.
El, antes que firme,
Los errores salva,
Y ella con los suyos
Condena mil almas.
Con la del violero
Que vive de cara
Comunica mucho,
Y son como hermanas.
Esta es de la vida,
Y tambien muchacha,
Y con su marido
Encuerda guitarras.
El busca las primas
Frescas de Alemania,
Y ella las terceras
De la tierra y rancias.
El mira las cuerdas
Que solas dos hagan,
Y ella por no serlo
Hace las que bastan,
Y otras mil cosillas
Que el hombre se calla,
Por tener presente
La amistad pasada.
Otro la celebre
Como á la escribana,
Hasta hacer entre ellas
La traviesa pata.

(Códice de poesias de Salinas, siglo xvii.
— It. *Romancero general.*)

1853.

(Anónimo.)

Hermano Perico,
Que estás á la puerta
Con camisa limpia
Y montera nueva,
Sayo alagartado,
Jubon de las fiestas,
Zapatos de dura,
De lazos y orejas;
Calzas atacadas
De gamuza, y medias
De color de vayo
Con sus rodilleras:
Mi hermano Bartolo
Se va á Ingalaterra
A matar al Draque
Y á prender la reina,
Y á los luteranos
De la Bandomesa;
Tiene de traerne

A mí de la guerra
Un luteranico
Con una cadena;
Y una luterana
A señora agüela.
Vámonos yo y tú
Para la azotea:
Desde allí verémos
A las lejas tierras,
Los montes y valles,
Los campos y sierras;
Mas, si allá nos vamos,
Diré una conseja
De la blanca niña
Que tomó la griega.
Yo tengo una poca
De miel y manteca;
Turron de Alicante
Y una piña nueva,
Harémos de todo
Cochaboda y buena.
—Dorotea, vamos
A pasar la siesta,
Y allá jugarémos
Donde no nos vean:
Harás tú la niña,
Y yo la maestra;
Veré tu dechado,
Labor y tarea;
Haré lo que suele
Hacer la maestra
Con la mala niña
Que su labor yerra.
Tengo yo un cochito
Con sus cuatro ruedas,
En que tú rodando
Llaves tus muñecas;
Un peso de limas
Hecho de dos medias,
Y un corre-verás
Que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
Señá Dorotea,
Tendré un caballito,
Daré mil carreras;
Tú saldrás á verme
Por entre las rejas,
Y nos casarémos,
Y habrá boda y fiesta.

(Flor de romances, 1.ª y 2.ª parte.—
It. *Flor de varios y nuevos romances*
— It. *Romancero general.*)

1854.

(Anónimo.)

—Deja ya el mandil
Y arrima la escoba,
Dijo á Costancilla
Una setentona:
La saya de frisa
Mugrienta y jugosa
La gasten gallegas
Carichatas, romas.
Tu rostro por dicha,
Porquezuela tonta,
Sabes lo que vale,
Rapaza mocosa?
Por mi santiguada,
Si mi acuerdo tomas,
Mas sedas arrastres
Que quince señoras.
Vente tú conmigo;
Que si aquestas tocas
Dan en cobijarte,
Tendrás buena sombra;
Yo haré con ellas
De gente mas copia,

Que doce banderas
Con sus cajas roncadas.
Irnos hemos juntas
A una y otra boda;
Tañerás sonajas,
Bailarás chacona;
Vendrá el tañedor,
Y por poca cosa
Te hará mudanzas
Que te tornen loca.
Oírémos comedias,
Que es gustosa cosa,
Dox habrá colaciones,
Y andará la loza.
Saldrémos de mayo
Las mañanas todas,
Del campo al rocío,
Que alegre y engorda;
Irá la cestilla
Con tocino y bota;
Que si bien lo miras,
Esto es lo que importa.
Durante el comer
Estarémos solas,
Que en esto, testigos
Es pesada cosa:
Cuentan los bocados,
Si bebes os notan,
Y al fin su presencia
El almuerzo apoca.
Despues nos vendrémos,
Costanza, á la olla,
Que las guiso yo
Cual verás, cachorra.
Dormirás tras esto
La siesta dos horas,
Y yo velaré;
Que así se negocia.
Irémos de noche
Hechas viltrotonas;
Darnos han confites,
Manjar blanco, aloja;
Traerémos regalos,
Dineros en bolsa,
Y alguien de camino,
Porque no estés sola.
Gran cosa es oficio,
Que de gente ociosa
No se espera al fin
Sino hambre odiosa!
Por no estar mirando
Si está la señora,
Con sus melarquias,
Si vela ó reposa,
Siempre procuré
Con mi industria corta
Ganar un real
Con recato y honra.
No soy á la fe
Como otras guitonas,
Que de casa en casa
Se van á la sopa.
Un palmo de cara
Que le miren todas,
Sin que nadie diga
Lo que dicen de otras.

(Romancero general.)

1855.

(Anónimo.)

Mañana domingo,
A fe que yo vaya,
Señor Juan, á ver
La iglesia galana;
Que ya dijo padre
Que fuese mañana
A bailar la fiesta